

NONASP ANTIGUO

LOS ÍBEROS

Las regiones de la costa de la Península Ibérica, desde más al norte de los Pirineos hasta el sur de Portugal y hacia el interior del Valle del Ebro hasta Zaragoza son las tierras donde se asentó el conjunto de los pueblos ibéricos entre los siglos VII y I a. de C.

Los pueblos ibéricos estaban constituidos en tribus. La de los Ilercavones ocupaban la desembocadura del Ebro y penetraron por el interior hasta el Matarranya y el Algars. En el término de Nonasp fundaron los poblados de El Pontet y La Vall de Batea.

En un cerro aquillado, a la izquierda del barranco de Batea y junto a su desagüe y la acequia del Fontanet se encuentra el poblado ibero-romano de El Pontet. El cerro está a la orilla derecha del río Algars, a unos diez minutos de distancia de su confluencia con el Matarranya, frente al pueblo actual. Es un cabezo longitudinal siguiendo el curso del río y las dimensiones en su cima son de unos 50 pasos de longitud, por 7 de anchura aproximadamente. Sigue burdamente una orientación Noreste-Suroeste, y los restos de las construcciones se localizan a lo largo de su cima, en su vertiente del Levante y en la del Noreste, en pendiente hasta El Pontet, pequeño viaducto por el que la acequia del Fontanet salva el desnivel del desagüe del barranco de Batea al Algars.

El poblado, a juzgar por los restos visibles, parece de pequeñas dimensiones, aunque pudo extenderse por las faldas del Este y Noreste del montículo. Las construcciones rectangulares afloran



Poblat ibèric del Pontet

en los puntos indicados y la cerámica se ha recogido principalmente en su cima. Es una cerámica a torno sin decorar; pintada, con finas líneas rojas, rectas y en arco de circunferencia; algún otro fragmento de cerámica gris, considerada como ibérica tardía; pequeños fragmentos de cerámica romana, de barro corriente y desentonando al parecer, con este conjunto, cerámica con barniz. También se han encontrado objetos de bronce y varias monedas romanas.

A 15 km de Nonasp, en la confluencia de la Vall de Batea con el río Matarranya se encuentran los restos arqueológicos del poblado ibérico de la Vall de Batea. Está encumbrado en un cerro, a la izquierda de la Vall y un poco antes de su desagüe en el Matarranya, y a la derecha de este río y la vía del ferrocarril, un poco antes del tercer túnel en dirección a Fayón.

Es un punto estratégico, fácilmente defendible por su localización natural y su difícil acceso. Es un cabezo longitudinal siguiendo el curso del río y construido en su cima. Tiene forma ovalada y sus dimensiones son de unos 60 metros de longitud por 20 de ancho en un extremo y 15 en el otro. Rodeando el poblado quedan restos de dos murallas hechas de piedra seca y gruesa encajadas sin mortero y con pequeñas falcas; una es interior y rodea al poblado y otra exterior a tres metros y un nivel inferior.

Las casas están situadas dentro de la muralla interior y alineadas en tres calles paralelas de un poco más de un metro de anchura. Una es central y sigue el eje longitudinal del poblado, y las otras dos bordean la muralla. Están dispuestas perpendicularmente a la calle central y adosadas

una a la otra. Tienen forma rectangular (3,50 x 2,75 m) y sus muros, de piedra no muy gruesa, son de un grosor de 35 centímetros. La construcción, la forma y las dimensiones, entre las diversas casas son muy parecidas, aspecto que es revelador de la igualdad social entre sus habitantes. Haciendo un cálculo aproximado, podría tener unas 20 casas y unos cien habitantes. Actualmente se conservan restos de ocho edificaciones.

En el extremo más ancho del poblado hay un torreón de vigilancia y señales en estado muy deteriorado por las excavaciones realizadas.

Se encuentran muchos trozos de cerámica a torno, sin decorar, de pastas finas, depuradas y bien cocidas. En el desagüe de la Vall de Batea, junto a la vía del ferrocarril y una casilla abandonada se encontró una ánfora romana.

En el río Algars destacan como más representativos el del Tossal del Moro de Pinyeres, el Roquissar del Rullo de Favara, el Puig, la Gessera y la Serra Mitjana de Caseres, los Corralets de Maella, los de Barberans, la Cova y el Castell de Sant Joan d'Algars de Batea y El Pontet de Nonasp.

En el Matarranya se formaron también numerosos núcleos de población de constitución y vigencia parecida a los del río Algars, entre los que destacan el del Castellar de Vall del Tormo, Sant Cristòfol de Massalió, el Tossal Gort y La Trapa de Maella, los del Corral de Canyardo, los Cingles de la Montfalla y el Tossal del Moro de Favara y el de la Vall de Batea de Nonasp.



Poblado ibérico de la Vall de Batea

Los poblados estaban situados en lugares más o menos elevados, buscando una cierta seguridad defensiva. Escogían las cimas elevadas que tenían visibilidad las unas con las otras de esta manera podían establecer comunicación rápida mediante algún tipo de señales delante de cualquier peligro que pudiese amenazarlos.

Una sola habitación en general sencilla y de planta rectangular, constituía la casa en los poblados pobres. Los muros eran de piedra seca más o menos regular, hasta una altura aproximada de un metro. La parte superior era de adobe (barro mezclado con paja, en forma de ladrillo). Las puertas eran de madera y daban a la calle. Se cree que no tenían ventanas ya que se han encontrado poquísimos agujeros en las paredes. Los tejados, generalmente de una sola vertiente y no muy inclinada, estaban hechos con vigas de madera cubiertas con ramas y cañas, las cuales se impermeabilizaban con una capa de barro. El suelo estaba formado por tierra apretada a golpes de maza y en casos muy aislados se cubría con un enlosado de piedra. Siempre había un fuego con chimenea, bancos de piedra para sentarse y el suelo hacia funciones de cama. La mesa estaba hecha de un tronco de pino cortado por el medio. Una especie de nincho con estanterías de piedra servía para colocar la vajilla.

El desarrollo del cultivo se produjo gracias a la utilización de un utillaje agrícola más perfeccionado. Cultivaron la cebada, el trigo, el centeno, así como la viña y el olivo introducidos por los griegos. Entre los frutales se citan la higuera y el peral. Otros cultivos eran las alcachofas, trufas, lino, algodón, esparto y rosas. Practicaron la recolección de frutos naturales como nueces, almendras, bellotas, etc. Existía un régimen de propiedad comunal del suelo, dividiéndose cada año la tierra de cultivo y distribuyéndose entre todos la cosecha. Las especies animales domesticadas eran el buey, la cabra, la oveja, el cerdo, la gallina, el burro y el caballo. La riqueza de los bosques y de los ríos hicieron de la caza y de la pesca un complemento de la dieta alimentaria de los pueblos íberos. Fueron objeto de caza el ciervo, el jabalí, el conejo, la liebre, el lobo, la gacela y el buitre. Disponían de excelentes perros, galgos probablemente. Se cazaba con hurón. El armamento estaba formado por lanzas, jabalinas, dardos y flechas, además de las trampas.

La adopción del torno, introducido por los fenicios, permitió realizar piezas de cerámica en

serie. Parte de esta cerámica fue pintada a mano con pigmentos naturales de color rojo-granate.

Fueron expertos en la realización de los tejidos. Destacan por su belleza los mantos de lana ricamente teñidos y decorados que llevaban tanto los hombres como las mujeres. El esparto se utilizaba para la fabricación de cestas, calzado, cuerdas, etc. Los telares eran de madera y las agujas de coser de hueso o de bronce y más grandes que las actuales.

Las monedas tienen en el anverso una cabeza masculina ibérica que podría corresponder a alguna divinidad. En el reverso, un jinete encima de un caballo al galope y con una palma en la mano. Entre las patas del caballo está el nombre en letras ibéricas, de la ciudad o tribu que las acuñó. Por esta zona se han encontrado numerosas monedas de bronce con las gravaciones BOLSCAN, ILTIRTA y OLOSORTIN.



Monedas ibéricas de bronce con una cabeza de hombre y un jinete con una palma en la mano

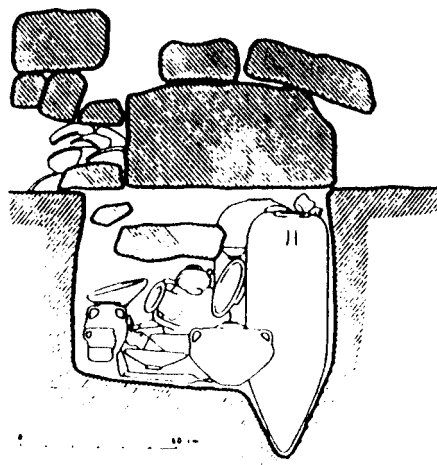
La lengua que hablaron los íberos no se parece en nada a la que hablamos hoy. Desapareció después de la llegada de los romanos, ya que fueron dejando su lengua y la sustituyeron por el latín que era la única lengua con la cual se podían obtener favores y hacer negocios con la poderosa Roma.

Los íberos incineraban a sus muertos. Se quemaba el cadáver y las cenizas se ponían en una urna de cerámica, rodeada de las ofrendas: jarras

y platos que debían contener alimentos y líquidos, armas inutilizadas, joyas y otros objetos de adorno. Eran tumbas en fosa, no muy profundas. Ningún signo externo señalaba una tumba, cosa que dificulta la búsqueda. Formaban auténticos cementerios situados cerca de los poblados.

Eran muy religiosos. No tenían templos, pero cualquier elevación o montaña era lugar sagrado. Tenían animales sagrados como el toro, el jabalí, el águila (dios del cielo) y el lobo (protector de la luz, de las tinieblas y de los muertos). Sacrificaban animales a los dioses para que estos les fuesen propicios. En momentos de peligro pactaban entre poblados para defenderse mutuamente.

Manolo Freixa Bondia



Enterramiento en fosa